

Cruces entre el discurso jurídico y el discurso psicoanalítico a propósito del empoderamiento de las mujeres.

Otero, Vanesa.

Cita:

Otero, Vanesa (2019). *Cruces entre el discurso jurídico y el discurso psicoanalítico a propósito del empoderamiento de las mujeres. XI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVI Jornadas de Investigación. XV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. I Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. I Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-111/479>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ecod/mtn>

CRUCES ENTRE EL DISCURSO JURÍDICO Y EL DISCURSO PSICOANALÍTICO A PROPÓSITO DEL EMPODERAMIENTO DE LAS MUJERES

Otero, Vanesa

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Argentina

RESUMEN

El Psicoanálisis es el discurso que da cuenta del fracaso del discurso jurídico en el punto en el que advierte sobre un real que no tiene Ley.

Palabras clave

Discurso psicoanalítico - Discurso jurídico - Nombre del Padre - Letra - Goce - Real

ABSTRACT

CROSSING BETWEEN LEGAL DISCOURSE AND PSYCHOANALYTIC DISCOURSE ABOUT EMPOWERMENT OF WOMEN

Psychoanalysis as a discourse that shows the failure of the 'legal discourse as it warns about a real without Law.

Key words

Psychoanalytic discourse - Legal discourse - Name of the father - Letter - Jouissance - Real

El presente escrito intentará mostrar el estado de trabajo de investigación sobre el entrecruzamiento y desencuentro que se produce entre el discurso jurídico y el discurso psicoanalítico en la práctica clínica actual. Llamamos la atención a las diversas manifestaciones que reclaman una legislación distinta, más acorde a las coordenadas de la época. Esto es acompañado de revisiones y modificaciones de la Carta Magna, el Código Civil, la Ley de Salud Mental, etc. El caso paradigmático es el llamado *empoderamiento de las mujeres*, el pedido de legalización del aborto en Argentina y el reclamo por la caída del patriarcado.

Partiendo de considerar que las nociones de subjetividad y sujeto no son lo mismo, se hace necesario investigar qué diferencia a una de la otra. Tengo como orientación la afirmación de Lacan "Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época. Pues ¿cómo podría hacer de su ser el eje de tantas vidas aquel que no supiese nada de la dialéctica que lo lanza con esas vidas en un movimiento simbólico?" (Lacan, 1953, 308) De esta afirmación, desprendo primeramente que subjetividad y simbólico son conceptos alineados y que es a partir del hecho de que el registro simbólico está en movimiento, que la subjetividad se ve modificada por una época. Defino entonces al sujeto como afectado por la subjetividad, siendo

esta última, en tanto un discurso, lo que ex-siste al sujeto (Lacan, 2012, 475). Hay una continuidad entre los padecimientos y la época, "...si el analista saca conclusiones de lo que es la lógica de la transferencia y del síntoma en la experiencia analítica, eso lo llevará de inmediato a tomar también una posición en la subjetividad de su época, en lo social y en lo político, en el campo de la civilización y de la cultura. La clínica y la civilización no son ni han sido nunca compartimentos estancos, la una modifica a la otra" (Bassols, 2015).

De esta manera, se establece una tensión entre un sujeto determinado por la subjetividad y un sujeto desarrollado desde su singularidad. Lacan no propone una subjetividad capaz de fabricar sujetos, sino una *dialéctica* entre ambos en constante movimiento. Así, resulta que si la época es dialéctica con el orden simbólico afecta al sujeto determinando un modo de padecimiento al que se le corresponde un tratamiento acorde, entonces modificada la época se espera una modificación en el tratamiento propuesto. Mi hipótesis es que esta actualización puede leerse a lo largo de la transmisión misma de Jacques Lacan.

Para advertirlo, resulta importante distinguir qué factores afectaron a la conformación de la subjetividad en la modernidad y establecer las coordenadas que conforman la subjetividad en la época actual. Para ello partiré de lo planteado por este autor quien demuestra que un decir toma su sentido de un discurso (Lacan, 2012). Desde esta perspectiva, y sirviéndose de los conceptos de la lógica, propongo tres preceptos: no hay meta-lenguaje, no hay relación sexual y existe uno que hace de límite al paratodo (o sea, no hay universal que no se sostenga en una excepción). Aquí, el punto es ubicar qué o quién encarna esa excepción en cada época para dar un tratamiento a lo que no-hay. Durante la época moderna, la subjetividad se conformó a partir del ordenamiento del discurso del amo. Se trata de un orden simbólico que se caracteriza por la égida del Nombre del Padre. Siendo la identificación definida como la más temprana ligazón afectiva con otra persona (Freud, 1921, 105), este concepto resulta fundamental para ubicar la organización libidinal de la familia en particular y de la sociedad en general. Si partimos de proponer al totemismo como un sistema social (Freud, 1913, 106), el complejo de Edipo se instala como organizador social en la modernidad, a la vez que es el complejo organizador del núcleo de las neurosis. Así, es el padre quien encarna la excep-

ción necesaria para plantear un paratodos que organice el lazo social y la neurosis, tal como demuestra Freud en el análisis que hace de las zoofobias en Tótem y Tabú. Desde esta perspectiva, la identificación que configura el yo propio a semejanza del otro que toma como modelo (Freud, 1921) a tal punto ha formado subjetividad que participa no sólo en la constitución del aparato psíquico, sino también en la completud del mecanismo de formación de síntoma, al menos del síntoma histérico, la génesis de algunas homosexualidades, la melancolía y las masas. Lacan, leyendo a Freud, con el aporte de los esquemas ópticos, explica que este proceso sólo es posible dentro de un determinado orden simbólico, partiendo del hecho de que la primera identificación para Freud era la identificación al padre. De esta manera, el horizonte de la subjetividad era impensable sin una *primera identificación al padre*, esto es a quien encarna la función paterna. Entonces, es bajo la égida del Nombre del Padre que la identificación logra una sensación de unidad (personal o colectiva -masa) arrojando una determinada organización social durante la modernidad.

Recordando que al comienzo de la transmisión lacaniana un sujeto es producido entre significantes, su propuesta clínica *“Es que al tocar, por poco que sea, la relación del hombre con el significante, aquí conversión de los procedimientos de la exégesis, se cambia el curso de la historia modificando las amarras de su ser.”* (Lacan, 1988, 507) En el discurso del inconciente, el significante amo S_1 es el padre en su versión significante determinante de la castración. Se trata del despliegue del inconciente religioso o transferencial que, de darle consistencia, se consigue la petrificación del sujeto en un goce padeciente. Lacan define al significante por ser lo que representa a un sujeto para otro significante y propone lo que él llama una fórmula planteando que *“el inconciente es el discurso del Otro”* (Lacan, 1988, 10). También explica, respecto de la materialidad del significante, que *“no soporta la partición”*, esto es que el significante es único ya que su naturaleza es ser *“símbolo de una ausencia”* (Lacan, 18). Así, considera respecto de la verdad que el inconciente es un embuste: *“El inconciente es ese capítulo de mi historia que está marcado por un blanco u ocupado por un embuste: es el capítulo censurado.”* (Lacan, 249) Me interesa marcar esta particularidad porque pienso que guarda una hermandad con lo que continuará en los movimientos conceptuales que hace a lo largo de su transmisión.

Al mismo tiempo que Lacan construye su concepción simbólica del inconciente, dándole particular predominancia a la cuestión del significante, menciona paralelamente otra vertiente, por ahora también simbólica, pero que no se realiza del todo en ese registro, y es la cuestión de la letra. Ésta es definida por ser *“la estructura esencialmente localizada del significante”* (Lacan, 481). Mientras que el significante se caracteriza por ser lo que otro significante no es y por hacer cadena de significantes, la letra no hace cadena sino que es la parte localizada, remitiendo a cierta fijeza. A tal punto que argumenta el hecho de referirse a

la letra a partir de la pretensión de ayudar a los otros practican-tes del psicoanálisis a no perderse en los efectos de resistencia. Hay en la letra algo que resiste, o más bien, la letra en tanto su localización y fijeza, resiste. En sus palabras: *“Si hablo de la letra y del ser, si distingo al otro y al Otro, es porque Freud me los indica como los términos a los que se refieren esos efectos de resistencia y de transferencia con los que he tenido que medirme desigualmente desde hace veinte años que ejerzo esta práctica –imposible, todo el mundo se complace en repetirlo después de él- del psicoanálisis. Es también porque necesito ayudar a otros a no perderse por allí.”* (Lacan, 508)

Entonces, si el significante se desplaza, la letra es esa parte del significante que le hace de soporte material. Y puede hacerse el ejercicio de pensar que ya en los primeros escritos de Lacan, si bien es un período de absoluta predominancia del registro simbólico, hay un *¿lapsus?* de parte de él por introducir una referencia al cuerpo o a la pulsión que no tiene nada que ver con el registro imaginario o narcisista del mismo, aunque podría decirse que es un cuerpo “simbólico” aun.

La referencia que Lacan hace a la letra a partir del equívoco por homofonía que hace Joyce con *letter* (carta-letra) y *litter* (basura) anuncia esto, haciendo una temprana o primitiva alusión a la noción de objeto en tanto resto. Lo dice del siguiente modo: *“¿Y cómo en efecto, para volver a nuestros policías, habrían podido apoderarse de la letra (la carta) quienes la tomaron en el lugar en que estaba escondida? En aquello que hacían girar entre sus dedos, ¿qué es lo que tenían sino lo que no respondía a las señas que les habían dado? A letter, a litter, una carta, una basura. En el cenáculo de Joyce se jugó el equívoco sobre la homofonía de esas dos palabras en inglés. La clase de desecho que los policías en este momento manipulan no por el hecho de estar sólo a medias desgarrado les entrega su otra naturaleza y un sello diferente sobre un lacre de otro color, otro sello en el grafismo de la suscripción son aquí los más infrangibles escondites. Y si se detienen en el otro reverso de la carta donde, como es sabido, se escribía en esa época la dirección del destinatario, es que la carta no tiene para ellos otra cosa que ese reverso.”* (Lacan, 10) Se aprecia en la cita que ya está subrayada la condición de resto, en tanto que basura. Condición que Lacan retoma a partir del Seminario 10, donde no es suficiente el registro simbólico y la noción de significante e incorpora lo que considerará su “único invento” que es la noción de objeto *a*, como resto de la operación de entrada del sujeto al campo del Otro. Siendo el objeto *a* también alrededor del cual se satisface la pulsión.

Entonces la letra no es ni el significante ni el objeto *a*, pero toca ambos conceptos siendo parte del significante y siendo resto o lo que resta. Lo que resta entendido como lo que queda a partir de una operación y, también, lo que resta en el sentido de lo que quita, lo que drena goce.

El establecimiento de Lacan del objeto *a* en el Seminario 10, la noción de deseo del analista como operador en el Seminario 11 y, entre ambos, el dictado interrumpido del “seminario inexis-

tente” sobre los nombres del padre son contemporáneos y los pienso interrelacionados o solidarios.

Esta lógica establecida a partir del Nombre del Padre ya no es hegemónica, sino que el discurso capitalista ha generado una nueva realidad a partir de su mutación postmoderna que es la *producción de subjetividad*. La fractura esencial, que era la base de la experiencia analítica y el orden del discurso amo, entendido a partir de los semblantes, están desmentidos. El orden del discurso amo declina a la par de la declinación del ordenamiento establecido por el Nombre del Padre. Lacan da cuenta de esto cuando pluraliza el Nombre del Padre y más aún cuando lo reduce a un mero semblante. Se trata de nuevas modalidades del malestar, lo que implica nuevos tratamientos.

A partir del Seminario 18, el padre queda convertido en un objeto cualquiera, ya que a partir de aquí es semblante y *“hace creer que hay algo allí donde no hay”* (Miller, 2002,18). Una versión del padre que, reducido a un rasgo, adviene a velar la relación sexual que no hay.

El semblante ya no aparece en su acepción de engaño o falsedad al parecer ser lo que no se es. Sino que el semblante es retomado por Lacan a partir de considerar su relación con la verdad, en tanto ésta se va acercando conceptualmente al medio-decir. Miller ofrece esta definición de semblante en el seminario que dictó explicando el Seminario 18 de Lacan, *“De la naturaleza de los semblantes”*. Allí, a partir de dicha definición, queda claro que es porque no-hay relación sexual que sí hay semblante. Y explica que retomar la cuestión de los semblantes es el paso previo que da Lacan al nudo Borromeo donde los tres registros son equivalentes. Pero, si *“lo que se opone al semblante es lo real, no el ser”* (Miller, 1993,16). Entonces podría decir que la operación del semblante es señalar lo real. Afirmación provocadora, y hasta incluso inexacta, pero que apunta a pensar a la neurosis como la operación lograda del semblante en su función de velar lo real.

De esta manera, hasta aquí, hay un movimiento que hace Lacan del significante al objeto *a* y del objeto *a* al semblante, teniendo como constante, a partir de la aparición de la concepción de *letra* ya en su primer escrito, a la existencia del goce.

Lituriaterra es un escrito de Lacan del año 1971, contemporáneo al dictado del Seminario 18 que acontece entre los años 1970 y 1971. Este escrito comienza con el retorno a *“El seminario sobre ‘La carta robada’”* justamente rescatando su señalamiento de la resonancia que letra tiene con desecho. O sea que apunta precisamente a lo que de goce tiene lo que no entra por completo en la concepción de significante. La letra está completamente relacionada al goce. Hace a la concepción de cuerpo que goza. Si el significante remite al goce del “bla...bla”, la letra refiere al goce del cuerpo. Lacan la define por dibujar el borde del agujero en el saber, o sea en la cadena de significantes. Y ese agujero, al colmarlo produce goce. Es su condición de litoral o de frontera. Así, el significante es llevado a la instancia de semblante. Y es su “abarrancamiento”, en la caída o, lo que es mejor, la adver-

tencia de los semblantes —en un análisis—, que se produce el efecto de escritura en lo real, produciendo una modificación en la economía libidinal del sujeto. En términos de Lacan: *“Lo que se evoca de goce al romperse un semblante es que lo que en lo real se presenta como abarrancamiento. Por el mismo efecto, la escritura es en lo real abarrancamiento del significado, lo que ha llovido del semblante en tanto que él hace el significante. Ella no calca a este, sino a sus efectos de lengua, lo que de ellos se forja por quien la habla. Ella remonta a él solo para en él tomar nombre, como sucede con esos efectos entre las cosas que la batería significante denomina por haberlas enumerado.”* (Lacan, 2012, 25) Más adelante agrega: *“La escritura es ese abarrancamiento mismo”* (Lacan, 27) y concluye *“... nada más distinto del vacío cavado por la escritura que el semblante. El primero es pliegue siempre listo a acoger el goce o, al menos, a invocarlo con su artificio.”* (Lacan, 28)

Se observa que así como a medida que Lacan advierte los cambios en la época, incorpora y modifica nuevos conceptos, el concepto de letra está anticipadamente en su transmisión ya dando cuenta y soportando ella misma los cambios a advenir. La letra, por su relación al goce, es un concepto que nos permite pensar al sujeto en la época actual, y, en verdad al sujeto de cada época. Y, a la vez, advertir la injerencia y efecto que esto tiene sobre los cuerpos.

Para ello, es necesario en un comienzo situar algunas coordenadas que caracterizan los padecimientos actuales. Para la subjetividad actual, el Otro que hacía de excepción ya no existe y en su lugar, la excepción que sostiene el universal o la Ley que regula el lazo social no es el Nombre del Padre, sino el mercado (Miller, 2005).

De esta manera, aparece la dimensión de lo “ilimitado” formando subjetividad a partir de la exigencia que ésta impone a los sujetos quienes quedan sometidos al imperio de mandatos que empujan a gozar de una manera mortífera y en detrimento de la dimensión deseante que da origen al sujeto. El mercado, determina todo como “posible”, exigiendo más y más, empujando a la construcción de una vida feliz (sin lugar para la angustia) y exitosa. Una consecuencia directa de de la caída del Nombre del Padre es la declinación de lo viril, produciendo el estallido de la lógica fálica del “todo” (Lacan, Seminario 20). La contracara es que el “todo” se alcanza a través de un fuerte rechazo de lo diferente, de lo “héteros” o de la máxima singularidad. Así resultan “todos” iguales ante el mercado en tanto no se trata de sujetos del deseo con su íntima relación al goce (allí la singularidad o máxima diferencia) sino que se trata de todos consumidores.

Así es como los constructos teóricos propuestos para pensar la clínica han sido modificados de acuerdo a las variaciones de la subjetividad y Lacan hace un movimiento que puede pensarse que va de la letra como soporte del significante a la letra que se escribe en la h(y)storia y del Nombre del Padre al objeto pequeño *a* y al semblante. El concepto de letra toma toda su relevancia en la actualidad, ya que trata y recupera la dignidad

del sujeto en su singularidad de goce. A la vez, el concepto de letra atraviesa las distintas épocas siendo que al recuperar la singularidad de goce, éste queda distinguido.

Freud dio cuenta de que el totemismo y el complejo de Edipo, ambos en tanto mito, con su consecuente conciencia de culpa, dan lugar al establecimiento de un linaje, descendencia y exogamia. O sea, que el Nombre del Padre tiene como consecuencia el establecimiento de un ordenamiento. Se trata de un ordenamiento posible, entre otros.

Lacan, en el Seminario 23, da al Nombre del Padre el estatuto de *sinthome* o de síntoma. Y el gráfico de los nudos demuestra que una parte de cada registro es tocada o atravesada por los otros dos registros, mientras que en cada uno queda una parte que no ingresa en los registros restantes. Cabe destacar que, si bien hay un ordenamiento simbólico (determinado por las características de cada época), hay –tal como lo muestra la topología– un desorden. En términos de Lacan, hay un real sin Ley (Lacan, 2006) que insiste, pero que no es capturado por el registro simbólico. No logra allí una traducción ni un ordenamiento.

Pienso a la legislación jurídica como una prótesis actual para darle orden a eso que no lo tiene, ofreciéndose de garante de lo que no se puede garantizar. El Psicoanálisis nos advierte del fracaso de ese intento de ordenamiento. El llamado a una nueva legislación que empodere a las mujeres, que regule la práctica del aborto, que sancione como violenta la agresividad del padre, da cuenta de la falla estructural de la regulación de la función simbólica, la falla del Nombre del Padre. Por más letrados que se convoquen, el concepto de letra, en tanto soporte material del goce, denuncia que hay un goce que no se someterá a ninguna Ley. Esta advertencia es la que orienta la práctica del psicoanalista.

BIBLIOGRAFÍA

- Bassols, M. (2015). Barcelona. *Desescrits: El psicoanálisis y la subjetividad de la época*. Recuperado de: <http://miquelbassols.blogspot.com.ar/2015/02/el-psicoanalisis-y-la-subjetividad-de.html>
- Freud, S. (1930). *El malestar en la cultura*. En Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu, 2006.
- Freud, S. (1921). *Psicología de las masas y análisis del yo*. En Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu, 2006.
- Freud, S. (1913). *Tótem y tabú*. En Obras Completas. Buenos Aires: Amorrortu, 2006.
- Lacan, J. (1953). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos 1*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2010.
- Lacan, J. (1957). La instancia de la letra en el inconciente o la razón desde Freud. En *Escritos 1*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2010.
- Lacan, J. (1956). El seminario sobre “La carta robada”. En *Escritos 1*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2010.
- Lacan J. (1974). La tercera. En *Intervenciones y textos 2*, Buenos Aires: Manantial, 1993.
- Lacan, J. (1975). Seminario 17 *El reverso del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1992.
- Lacan, J. (1982). Seminario 20. *Aun*. Buenos Aires: Paidós, 2015.
- Lacan, J. (1972). El atolondradicho. En *Otros escritos*, Buenos Aires: Paidós, 2012.
- Lacan, J. (1971). Litratierra. En *Otros escritos*, Buenos Aires: Paidós, 2012.
- Lacan, J. Prefacio a la edición inglesa del *Seminario 11*. En *Otros escritos*, Buenos Aires: Paidós, 2012.
- Lacan, J. (2006). Seminario 23. *El sinthome*. Buenos Aires: Paidós, 2011.
- Miller, J.A. (2002). De la naturaleza de los semblantes. Buenos Aires: Paidós, 2010.
- Miller, J.A. (1993). De mujeres y semblantes. Buenos Aires: Cuadernos del Pasador, 1993.
- Miller, J.A. (2005). *El Otro que no existe y sus comités de ética*. Buenos Aires: Editorial Paidós.